

# **El Último Susurro de Lýkos**

## Capítulo I - La Voz del Oráculo En el templo de Delfos

entre columnas gastadas por los siglos y el susurro eterno del viento, Asterión, rey de la olvidada poli de Lýkos, escuchó la voz del oráculo. Sus palabras temblaban en la penumbra:

"La grandeza de tu ciudad será sembrada con sangre inocente. Quien nazca bajo tu techo será el portador de tu gloria y tu perdición."

El rey, un hombre de mirada firme pero corazón ambicioso, sintió un frío recorrer su espalda. La profecía le ofrecía la promesa de un futuro glorioso, pero el precio era un enigma que el miedo le impedía descifrar.

Esa noche, mientras la luna bañaba de plata las almenas de su palacio, Asterión contempló a su esposa dormida, el vientre aún abultado por el hijo que estaba por nacer. Cada respiración de ella parecía un eco de la voz del oráculo, cada sombra del cuarto un recordatorio del destino que aguardaba.

En el silencio de la cámara, juró proteger la ciudad a cualquier costo, aunque su corazón empezara a oscurecerse con pensamientos que ni él mismo se atrevía a nombrar. La gloria y la maldición se entrelazaban en un hilo invisible, y Asterión, rey y hombre, no podía apartar la mirada de la sombra que pronto nacería bajo su techo.

## **Capítulo II - El Nacido Bajo Sombra En la madrugada**

cuando los primeros rayos de sol apenas tocaban los mármoles del palacio, nació el hijo de Asterión. Su llanto fue un lamento que parecía recorrer toda la ciudad dormida, y al instante, una sensación de inevitabilidad llenó la cámara: el oráculo había comenzado a cumplirse.

El niño tenía los ojos oscuros, profundos como pozos de secretos, y cada movimiento suyo parecía medir la paciencia del mundo. La reina, agotada pero radiante, lo sostuvo contra su pecho, ignorante del destino que le esperaba. Los sacerdotes que presenciaron el nacimiento intercambiaron miradas cargadas de temor: los signos eran claros, la profecía estaba viva en aquel pequeño ser.

Asterión observaba desde la puerta, su corazón dividido entre amor y un miedo que crecía como una sombra que amenazaba con devorarlo. Cada sonrisa de su hijo le recordaba la gloria prometida por el oráculo, y a la vez, la oscuridad que había presagiado la voz de Delfos.

Decidió entonces, en silencio, proteger al niño y a la ciudad de todo daño... incluso si ello implicaba tomar decisiones que ningún padre debería considerar. Entre sus manos, la promesa de poder y la amenaza de destrucción se entrelazaban, y Asterión comprendió que su hijo, aunque bendecido por la vida, también sería la llave de su perdición.

### **Capítulo III – La Cripta del Olvido El niño creció entre sombras**

Una puerta de hierro sellaba la entrada a su mundo, y cada día se preguntaba si los susurros que escuchaba eran suyos o de algún espíritu que habitaba los muros. El aire estaba cargado de humedad y miedo, y cada respiración era un recordatorio de que su destino estaba decidido por otros.

Desde su encierro, veía la ciudad a través de pequeñas rendijas. Las luces de los hogares, los rumores de mercados y templos le llegaban como ecos de un mundo que nunca sería suyo. La libertad era un sueño, y el odio crecía dentro de él como una raíz que se enroscaba alrededor de su corazón.

Los sirvientes que lo alimentaban le hablaban con temor y compasión a la vez. Algunos contaban historias de héroes y dioses, mientras otros murmuraban sobre la profecía que lo marcaba desde su nacimiento. Cada palabra alimentaba su furia silenciosa y su deseo de comprender la razón de su encierro.

Asterión, el rey, visitaba el sótano de vez en cuando. Observaba al niño desde la distancia, su corazón dividido entre culpa y determinación. Sabía que aquel encierro era necesario para proteger la ciudad... y, quizás, para proteger al propio niño de un destino que él mismo no podía controlar.

Entre las sombras, el hijo aprendió a escuchar, a esperar y a planear. La discordia que había marcado su nacimiento comenzaba a incubarse en silencio, y cuando finalmente se revelara, nada ni nadie podría detenerla.

## Capítulo IV – Prosperidad de Sombras

Mientras el hijo permanecía encerrado en la penumbra, la ciudad de Lýkos se transformaba ante los ojos de los desprevenidos. Las calles resonaban con risas y comercio, los templos se alzaban con mármoles relucientes, y los mercados se llenaban de olores de pan recién horneado y vino especiado. Para los ciudadanos, la prosperidad parecía eterna, un regalo de los dioses que los bendecían con abundancia.

Pero el brillo de la ciudad estaba teñido de sombras que pocos podían percibir.

Cada logro y cada festín tenía un precio que nadie recordaba: el sacrificio silencioso del hijo del rey, que crecía ignorando la luz del día. Las piedras del palacio brillaban con oro, pero el sótano donde él dormía estaba impregnado de frío y olvido.

Los comerciantes hablaban de la suerte que guiaba sus pasos y de los templos que nunca dejaban de recibir ofrendas. Nadie sabía que la verdadera semilla de la prosperidad estaba regada con el dolor de un niño encerrado, que cada suspiro del encierro alimentaba la abundancia de la ciudad.

Asterión observaba desde su trono con una mezcla de orgullo y temor. Sabía que su hijo era la llave de aquel milagro, pero también el presagio de la caída que acechaba detrás de cada muro dorado. Y en los rincones más oscuros, donde el eco del llanto del niño se mezclaba con la risa de los ciudadanos, la discordia esperaba, paciente, para tejer su venganza.

## Capítulo V – Furia Silenciosa

El niño creció entre las sombras del sótano, convirtiéndose en un joven de mirada intensa y movimientos calculados. Cada día que pasaba le enseñaba la paciencia de la espera y el peso del silencio. Su cuerpo se fortalecía en la oscuridad, y su mente se nutría de los susurros de los sirvientes y los ecos de las historias que se filtraban por las rendijas: relatos de héroes caídos, de ciudades arrasadas y de dioses que observaban desde el Olimpo.

La discordia, silenciosa y constante, se convirtió en su única amiga. Eris parecía susurrarle desde las grietas de las paredes, enseñándole a reconocer la fragilidad de quienes lo habían encerrado. La injusticia que sentía no era solo suya; era un espejo de la crueldad que se escondía en los corazones de los hombres.

A veces, en sueños, veía a su padre en el trono, rodeado de oro y alabanzas, mientras él permanecía encadenado a la oscuridad. La sensación de abandono y la certeza de la traición alimentaban una furia contenida, lista para estallar.

Cada historia escuchada, cada gesto de desprecio, grababa en su mente la promesa de venganza que algún día cumpliría.

Y así, entre el encierro y los sueños, el joven aprendió a planear, a observar y a esperar. Sabía que la luz de la ciudad era falsa y que la sombra que habitaba en su interior era la verdadera fuerza que determinaría el destino de Lýkos.

## Capítulo VI – La Verdad Susurrada Un día

mientras el joven vagaba por los estrechos corredores del sótano, un esclavo anciano se le acercó en silencio. Sus ojos, cargados de compasión y temor, parecían conocer secretos que él aún no podía imaginar. Con voz temblorosa, le susurró la verdad que había permanecido oculta durante años: él no era un niño cualquiera, sino el hijo legítimo del rey Asterión.

El mundo del joven se tambaleó en un instante. Cada sombra del encierro, cada murmullo que había escuchado, cada susurro de discordia ahora tenía un nombre y un rostro. La revelación no trajo alivio, sino un torrente de ira y confusión. ¿Cómo podía el hombre que debía protegerlo haberlo condenado a la oscuridad? ¿Cómo podía la ciudad prosperar sobre el dolor de su propia sangre?

Sus puños se cerraron con fuerza, y el corazón, que durante años había aprendido a contener la furia, empezó a latir con un ritmo voraz. La venganza tomó forma en su mente como un ejército silencioso, listo para marchar. Cada recuerdo del encierro, cada injusticia silenciosa, se convirtió en un plan que aguardaba su oportunidad.

## Capítulo VII – Marcha de Discordia

La noche que eligió para escapar, la luna brillaba como un ojo vigilante sobre la ciudad de Lýkos. Con pasos sigilosos, descendió por los corredores húmedos y olvidados del sótano, siguiendo los ecos de su propia respiración. Cada sombra era aliada y enemigo a la vez, y su corazón se llenaba de una determinación fría como el mármol de los templos.

Salió finalmente a las calles desiertas. La ciudad dormía, ajena al despertar de la discordia. Sus pasos resonaban en el silencio, llevando consigo la promesa de un cambio inminente. Cada piedra, cada murmullo de la noche, parecía conspirar para su causa, y la furia contenida de años de encierro empezaba a transformarse en acción.

El joven comprendió que no podía simplemente reclamar su lugar; debía tejer la venganza con cuidado, como un orfebre que moldea el metal hasta que brilla y corta a la vez. La ciudad que había conocido desde las sombras estaba a punto de ser testigo de la verdad que él traía consigo.



## **Capítulo VIII – La Red de Traiciones**

Mientras los días pasaban, el joven comenzó a descubrir las grietas en la autoridad de su padre. Los consejeros, orgullosos y codiciosos, empezaron a mostrar su verdadera naturaleza. Secretos que creía olvidados comenzaron a aflorar: pactos oscuros, ambiciones ocultas y alianzas rotas. Todo lo que sustentaba la prosperidad de Lýkos era más frágil de lo que parecía.

Con paciencia, el joven comenzó a influir en las sombras. Palabras susurradas aquí y allá, pequeñas acciones que parecían insignificantes pero que, al unirse, comenzaban a debilitar los cimientos del poder. La ciudad, confiada en su paz y abundancia, no percibía la red de discordia que se tejía silenciosa a su alrededor.

Cada noche, antes de regresar a su escondite, observaba las calles, los templos y el palacio desde la distancia. Cada decisión que tomaba estaba calculada, y cada paso le acercaba al momento en que la verdad y la venganza se encontrarían con el poder de Asterión.

## **Capítulo VIII – El Confrontamiento**

El día llegó finalmente. Asterión, en su trono, recibió a su hijo, quien emergía de las sombras con la calma de quien ha esperado años por justicia. Los ojos del joven brillaban con la intensidad de un fuego contenido y la determinación de quien no teme a la verdad.

El silencio entre ambos era pesado, cargado de años de secretos, miedos y expectativas. El rey, sorprendido y temeroso, comprendió que la gloria y el poder que tanto había valorado no podrían salvarlo de la verdad que su hijo traía consigo. La ciudad entera parecía contener la respiración, mientras padre e hijo se enfrentaban en un duelo que no era solo físico, sino también moral y espiritual.

Cada palabra intercambiada era como una daga invisible, cada gesto revelaba las profundidades de sus emociones y la magnitud de la profecía que había nacido con el joven. Y, en ese instante, el equilibrio de Lýkos se quebró, anunciando el final de una era y el inicio de otra.

## Capítulo X – El Susurro de Eris

Después del enfrentamiento, el joven se convirtió en el nuevo gobernante de Lýkos. La ciudad, bañada en luz y sombras, empezaba a conocer un nuevo orden. Pero la lección que traía consigo no era la de la venganza, sino la de la reflexión y la responsabilidad.

Eris, la diosa de la discordia, parecía sonreír desde las alturas del Olimpo, recordando que incluso en la paz, la sombra de la verdad siempre acecha. La ciudad prosperó, pero nunca olvidó el precio de la justicia y la importancia de la conciencia de quienes la gobiernan.

El joven rey, ahora consciente del poder que poseía y de la fragilidad de la gloria, decidió gobernar con sabiduría y prudencia. Sabía que la discordia es eterna, pero también comprendió que la reflexión y la justicia podían domarla, si se actuaba con inteligencia y corazón.

Y así, el susurro de Eris quedó grabado en la historia de Lýkos, no como un recordatorio de destrucción, sino como un legado de aprendizaje, de introspección y de la fuerza de la verdad que nace incluso de las sombras más profundas.